

crueldades de Cabra , y comenzó á dar mas crédito á las razones de dos sombras , que ya estábamos reducidos á tan miserable estado. Vi- no á sacarnos del pupilage , y teniéndonos de- lante , nos preguntaba por nosotros ; y tales nos vió , que sin aguardar mas , trató muy mal de palabras al Licenciado Vigilia. Mandónos lle- var en dos sillas á casa : despedímonos de los compañeros , que nos seguian con los deseos, y con los ojos , haciendo las lástimas que ha- ce el que queda en Argel , viendo venir res- catados sus compañeros.

CAPITULO IV.

De la convalecencia , é ida á estudiar á Alcalá de Henares.

Entramos en casa de Don Alonso , y echá- ronnos en dos camas con mucho tiento , porque no se nos desparramasen los huesos de puro roí- dos del hambre. Traxeron exploradores que nos buscasen los ojos por toda la cara ; y á mí , co- mo habia sido mi trabajo mayor , y la hambre imperial (al fin me trataban como á criado) , en buen rato no me los hallaron. Traxeron Médi- cos , y mandaron que nos limpiasen con zorros

el polvo de las bocas como Retablos ; y bien lo éramos de duelos. Ordenaron que nos diesen sus- tancias , y pistos. ¿Quién podrá contar á la pri- mera almendrada , y á la primera ave las lumi- narias que pusieron las tripas de contento ? To- do les hacía novedad. Mandaron los Doctores que por nueve dias no hablase nadie recio en nuestro aposento , porque como estaban huecos los estómagos , sonaba en ellos el eco de qual- quier palabra. Con estas , y otras prevenciones comenzaron á volver , y cobrar algun aliento ; pero nunca podian las quijadas desdoblarse , que estaban negras , y alforzadas ; y así se dió or- den que cada dia nos las ahormasen con la mano de un almirez. Levantámonos á hacer pinicos dentro de quatro dias , y aun parecíamos som- bras de otros hombres ; y en lo amarillo , y fla- co , simiente de los Padres del Yermo. Todo el dia gastábamos en dar gracias á Dios por haber- nos rescatado de la cautividad del fierísimo Ca- bra , y rogábamos al Señor que ningun Chris- tiano cayese en sus crueles manos. Si acaso co- miendo alguna vez nos acordábamos de las me- sas del mal Pupilero , se nos aumentaba el ham- bre tanto , que acrecentábamos la costa aquel dia. Soliamos contar á Don Alonso como al sentarse á la mesa nos decía males de la gula (no habién-

dola él conocido en toda su vida); y reíase mucho quando le contábamos que en el Mandamiento de no matarás, metia perdices, y capones, y todas las cosas que no queria darnos; y por el consiguiente la hambre, pues parecia que tenia por pecado, no solo el matarla, sino el criarla, segun recataba el comer. Pasáronsenos tres meses en esto, y al cabo trató Don Alonso de enviar á su hijo á Alcalá á estudiar lo que le faltaba de Gramática. Díxome á mí si queria ir; y yo, que no deseaba otra cosa, sino salir de tierra donde se oyese el nombre de aquel malvado perseguidor de estómagos, ofrecí de servir á su hijo, como veria. Y con esto dióle un criado para Mayordomo, que le gobernase la casa, y le tuviese cuenta del dinero del gasto que nos daba, remitido en cédulas para un hombre que se llamaba Julian Merluza. Pusimos el hato en el carro de un Diego Monge: era media camita, y otra de cordeles con ruedas, para meterla debaxo de otra mia, y del Mayordomo, que se llamaba Aranda: cinco colchones, y ocho sabanas, ocho almohadas, quatro tapices, un cofre con ropa blanca, y las demas zarandajas de casa. Nosotros nos metimos en un coche: salimos á la tardecita, antes de anochecer una hora, y llegamos á la me-

dia noche á la siempre maldita Venta de Viveros: el Ventero era Morisco, y ladron: y en mi vida ví perro, y gato juntos con la paz que aquel dia: hízonos gran fiesta; y como él, y los ministros del Carretero iban horros (que ya habian llegado tambien con el hato antes, porque nosotros veniamos de espacio) pegóse al coche, dióme á mí la mano para salir del estribo, y díxome si iba á estudiar? Yo le respondí que sí. Metióme adentro, donde estaban dos Rufianes con unas mugercillas, y un Cura rezando al olor: un viejo Mercader, y avariento, procurando olvidarse de cenar; y dos Estudiantes fregonos de los de mantellina, buscando trazas para engullir. Mi amo, pues, como mas nuevo en Venta, y muchacho dixo: Señor huesped, deme de lo que hubiere para mí, y dos criados. Todos lo somos de V. md. dixeron al punto los Rufianes, y le hemos de servir: Ola, huesped, mirad que este Caballero os agradecerá lo que hiciéredes: vaciad la despensa; y diciendo esto llegóse uno, y quitóle la capa, diciendo: Descanse V. md. mi Señor; y púsola en un poyo. Estaba yo con esto desvanecido, y hecho dueño de la Venta. Dixo una de las ninfas: ¡Qué buen talle de Caballero! ¿Y vá á estudiar? Es V. md. su criado? Yo respondí, creyendo que

era así como lo decian , que yo , y el otro lo éramos. Preguntáronme su nombre ; y no bien lo dixé , quando uno de los Estudiantes se llegó á él , medio llorando , y dándole un abrazo apretadísimo , dixo : ¡O mi señor Don Diego ! quién me dixera á mí ahora diez años que habia de ver á V. md. de esa manera ! ¡Desdichado de mí , que estoy tal , que no me conocerá V. md. ! El se quedó admirado , y yo tambien , que juramos entrambos no haberle visto en nuestra vida. El otro compañero andaba mirando á Don Diego á la cara , y dixo á su amigo : ¿Es este Señor , de cuyo Padre me dixistes vos tantas cosas ? ¡Gran dicha ha sido nuestra encontrarle , y conocerle , segun está de grandel Dios le guarde , y empezó á santiguarse. (¿Quién no creyera que se habian criado con nosotros ?) Don Diego se le ofreció mucho , y preguntandole su nombre , salió el Ventero , y puso los manteles , y oliendo la estafa , dixo : Dexen eso , que despues de cenar se hablará , que se enfria. Llegó un Rufian , y puso asientos para todos , y una silla para Don Diego , y el otro traxo un plato. Los Estudiantes dixeron : Cene V. md. que entretanto que á nosotros nos aderezan lo que hubiere , le serviremos á la mesa. Jesus ! (dixo Don Diego) Vs. mds. se sienten , si son

servidos ; y á esto respondieron los Rufianes (no hablando con ellos) : Luego , mi Señor , que aun no está todo á punto. Yo , quando ví á los unos convidados , y á los otros que se convidaban , affigíme , y temí lo que sucedió ; porque los Estudiantes tomaron la ensalada , que era un razonable plato , y mirando á mi amo , dixeron : No es razon que donde está un Caballero tan principal , se queden estas Damas por comer : mande V. md. que alcancen un bocado. El , haciendo del galan , convidólas : sentáronse , y entre los dos Estudiantes , y ellas no dexaron en quatro bocados sino un cogollo , el qual se comió Don Diego ; y al dárselo aquel maldito Estudiante , le dixo : Un abuelo tuvo V. md. tio de mi padre , que en viendo lechugas se desmayaba : ¡qué hombre era tan cabal ! y diciendo esto , se puso un panecillo , y el otro otro. Pues las ninfas ya daban cuenta de un pan , y el que mas comia era el Cura con el mirar solo. Sentáronse los Rufianes con medio cabrito asado , dos lonjas de tocino , y un par de palominos cocidos , y dixeron : Pues , Padre , ¿ahí se está ? llegue , y alcance , que mi Señor Don Diego nos hace merced á todos. No bien se lo dixeron , quando se sentó ; y quando vió mi amo que todos se le habian encajado , comen-

zóse á afligir. Repartiéronlo todo , y al Don Diego dieron no sé qué huesos , y alones : lo demas engulleron el Cura , y los otros. Decian los Rufianes : No cene mucho , Señor , que le hará mal ; y replicaba el maldito Estudiante : y mas que es menester hacerse á comer poco para la vida de Alcalá. Yo , y el otro criado estábamos rogando á Dios que les pusiese en el corazon que dexasen algo. Y ya que lo hubieron comido todo , y que el Cura repasaba los huesos de los otros , volvió el Rufian , y dixo : ¡O pecador de mí ! no habemos dexado nada á los criados. Vengan aquí Vs. mds. Há , seor huésped , déles todo lo que hubiere : vé aquí un doblon. Tan presto saltó el descomulgado pariente de mi amo (digo el Escolar), y dixo : Aunque V. md. me perdone , señor Hidalgo , debe saber poco de cortesía : ¿conoce por dicha á mi señor primo ? El dará á sus criados , y aun á los nuestros , si los tuviéramos , como nos ha dado á nosotros. No se enoje V. md. que no le conocia. Maldiciones le eché quando ví tan gran disimulacion , que no pensé acabar. Levantaron las mesas , y todos dixeron á D. Diego que se acostase : él queria pagar la cena , y replicáronle que á la mañana habria lugar. Estuviéronse un rato hablando , y preguntóle su nom-

bre al Estudiante , y dixo que se llamaba D. Carlos Coronel. En malos infiernos arda el embustero , en donde quiera que esté. Vió que dormia el avariento , y dixo : ¿ V. md. quiere reir ? pues hagamos alguna burla á este viejo , que no ha comido sino un pero en todo el camino , y es riquísimo. Los Rufianes dixeron : Bien haya el Licenciado : hágalo , que es razon. Con esto se llegó , y sacó al pobre viejo , que dormia , debaxo de los pies unas alforjas , y desenvolviéndolas halló una caja , y como si fuera de guerra , hizo gente. Llegáronse todos , y abriéndola , vió que era de alcorzas. Sacó todas quantas habia , y en su lugar puso piedras , palos , y lo que halló : luego se proveyó sobre lo dicho , y encima de la suciedad puso hasta una docena de yesones : cerró la caja , y dixo : Pues aun no basta , que bota tiene : sacóle el vino , y defundando una almohada de nuestro coche , despues de haber echado un poco de vino debaxo , se la llenó de lana , y estopa , y la cerró. Con esto se fueron todos á acostar para una hora , ó media que quedaba , y el Estudiante lo puso todo en las alforjas , y en la capilla del gavan echó una gran piedra , y fuese á dormir. Llegó la hora del caminar : despertaron todos , y el viejo todavia dormia : llamáronle ; y al levantarse no po-

dia levantar la capilla del gavan : miró lo que era , y el Ventero adrede le riñó , diciendo : Cuerpo de Dios , ¿ no halló otra cosa que llevarse , Padre , sino esa piedra ? ¿ Qué les parece á Vs. mds. si yo no le hubiera visto ? Cosa que estimo en mas de cien ducados , porque es contra el dolor de estómago. Juraba , y perjuraba , diciendo que él no habia metido tal en la capilla. Los Rufianes hicieron la cuenta , y vino á montar sesenta reales , que no entendiera Juan de Légamos la suma. Decian los Estudiantes : ¿ Cómo hemos de servir á V. md. en Alcalá ! Quedamos ajustados en el gasto : almorzamos un bocado , y el viejo tomó sus alforjas ; y porque no viésemos lo que sacaba , y no partir con nadie , desatólas á oscuras , debaxo del gavan , y agarrando un yeson untado , echóselo en la boca , y fue á hincarle una muela , y medio diente que tenia , y por poco los perdiera. Comenzó á escupir , y hacer gestos de asco , y de dolor. Llegamos todos á él , y el Cura el primero , diciéndole que qué tenia ? Comenzóse á ofrecer á Satanás , dexó caer las alforjas , llegóse á él el Estudiante , y dixo : Arredro vayas , Satan : cata la Cruz. Otro abrió un Breviario , y hicieronle creer que estaba endemoniado , hasta que él mismo dixo lo que era , y pidió le de-

xasen enjuagar la boca con un poco de vino que él traía en la bota. Dexáronle , y sacándola , abrióla ; y abocando en un vasito un poco de vino , salió con lana , y estopa un vino salvage , tan barbado , y velloso , que no se podia beber , ni colar. Entonces acabó de perder la paciencia el viejo ; pero viendo las descompuestas carcaxadas de risa , tuvo por bien de callar , y subir en el carro con los Rufianes , y mugeres. Los Estudiantes , y el Cura se ensartaron en un borrico , y nosotros nos pusimos en el coche ; y aun no bien habia comenzado á caminar , quando los unos , y los otros nos comenzaron á dar baya , declarando la burla. El Ventero decía : Señor nuevo , á pocas estrenas como esta envejecerá. El Cura decía : Sacerdote soy , allá se lo diré de Misas. Y el Estudiante maldito voceaba : Señor primo , otra vez rásquese quando le coma , y no despues. El otro decía : Sarna dé á V. md. Señor Don Diego. Nosotros dimos en no hacer caso. Dios sabe quán corridos íbamos. Con estas , y otras cosas llegamos á la Villa : apeámonos en un meson , y en todo el dia (que llegamos á las nueve) acabamos de contar la cena pasada , y nunca pudimos sacar en limpio el gasto.

CAPITULO V.

*De la entrada en Alcalá, patente, y burlas
que me hicieron por nuevo.*

Antes que anocheciese salimos del meson á la casa que nos tenían alquilada, que estaba fuera de la puerta de Santiago, patio de Estudiantes, donde habia muchos juntos; aunque ésta teníamos entre tres moradores diferentes no mas. Era el dueño, y huesped de los que creen en Dios por cortesía, ó sobre falso: Moriscos los llaman en el Pueblo; que aun hay muy grande cosecha de esta gente, y de la que tiene sobradas narices, y solo les faltan para oler tocino: digo esto, confesando la mucha nobleza que hay entre la gente principal, que cierto es mucha. Recibiómelo, pues, el huesped con peor cara que si yo fuera Cura, y le pidiera la cédula de confesion: ni sé si lo hizo porque le comenzásemos á tener respeto, ó por ser natural suyo de ellos; que no es mucho tenga mala condicion quien no tiene buena ley. Pusimos nuestro hato, acomodamos las camas, y lo demas, y dormimos aquella noche. Amaneció, y hélos aquí en camisa á todos los Estudiantes de la posada á pedir la pa-

tente á mi amo. El, que no sabia lo que era, preguntóme que qué querian? Y yo entretanto, por lo que podia suceder, me acomodé entre dos colchones, y solo tenia la media cabeza fuera, que parecia tortuga. Pidieron dos docenas de reales, diéronselos, y cantando comenzaron una grita del diablo, diciendo: Viva el compañero, y sea admitido á nuestra amistad: goce de las preeminencias de antiguo: pueda tener sarna, andar manchado, y padecer el hambre que todos. Y con esto (mire V. md. qué privilegios!) volaron por la escalera, y al momento nos vestimos nosotros, y tomamos el camino para Escuelas. A mi amo apadrinaronle unos Colegiales conocidos de su padre, y entró en su General; pero yo, que habia de entrar en otro diferente, y fui solo, comencé á temblar. Entré en el patio, y no hube metido bien el pie, quando me encararon, y empezaron á decir: Nuevo. Yo, por disimular, dí en reir, como que no hacia caso; mas no bastó, porque llegándose á mí ocho, ó nueve, comenzaron á reirse. Púseme colorado (nunca Dios lo permitiera), pues al instante se puso uno que estaba á mi lado, sus manos en las narices, y apartándose, dixo: Por resucitar está este Lázaro, segun hiede: y con esto todos se apartaron, ta-

pándose las narices. Yo, que me pensé escapar, tambien me puse las manos, y dixé: Vs. mds. tienen razon que huele muy mal: dióles mucha risa, y apartándose, ya estaban juntos hasta ciento. Comenzaron á escarbar, y tocar al arma, y en las toses, y abrir, y cerrar de las bocas, ví que se aparejaban gargajos. En esto un Manchegazo acatarrado me hizo alarde de uno terrible, diciendo: Esto hago. Yo entonces, que me ví perdido, dixé: Juro á Dios que me la... iba á decirlo; pero fue tal la batería, y lluvia que cayó sobre mí, que no pude acabar la razon. Yo estaba cubierto el rostro con la capa, y tan blanco, que todos tiraban á mí, y era de ver sin duda cómo tomaban la puntería. Estaba ya nevado de pies á cabeza; pero un bellaco, viéndome cubierto, y que no tenia en la cara cosa, arrancó ácia mí, diciendo con gran cólera: Basta, no le mateis. Yo, que segun me trataban, creí de ellos que lo harian, me destapé por ver lo que era, y al mismo tiempo el que daba las voces me clavó un gargajo entre los dos ojos. Aquí se han de considerar mis angustias: levantó la infernal gente una grita, que me aturdieron; y yo, segun lo que echaron sobre mí de sus estómagos, pensé que por ahorrar de Médicos, y Boticas, aguardaban Nuevos para purgarse. Quisieron

tras de esto darme de pescozones; pero no habia dónde, sin llevarse en las manos la mitad del aceyte de mi negra capa, ya blanca por mis pecados. Dexáronme: iba hecho aljufayna de viejo á pura saliva: fuime á casa, que apenas acerté á entrar en ella; y fue ventura ser de mañana, porque solo topé dos, ó tres muchachos (que debian ser bien inclinados), porque no me tiraron mas de quatro, ó seis trapazos, y luego se fueron. Entré en casa, y el Morisco, que me vió, comenzó á irse, y hacer como que queria escupirme. Yo, que temí que lo hiciese, dixé: Tened, huesped, que no soy Ecce-Homo. Nunca lo dixera, porque me dió dos libras de porrazos sobre los hombros con las pesas que tenia. Con esta ayuda de costa, medio baldado, subí arriba, y en buscar por dónde asir la sotana, y el manteo se pasó mucho rato: al fin le quité, y me eché en la cama, y colgué en una azotéa. Vino mi amo, y como me halló durmiendo, y no sabia la asquerosa aventura, enojóse, y comenzóme á dar repelones con tanta priesa, que á dos mas me despierta calvo. Levantéme dando voces, y quexándome, y él con mas cólera dixo: ¿Es buen modo de servir este, Pablos? Ya es otra vida. Yo, quando oí decir otra vida, entendí que era ya muerto, y

dixe : Bien me anima V. md. en mis trabajos : vea qual está aquella sotana , y manteo , que han servido de pañizuelos á las mayores narices que se han visto jamas en paso de Semana Santa ; y con esto empecé á llorar. El , viendo mi llanto , creyólo , y buscando la sotana , y viéndola , compadecióse de mí , y dixo : Pablo , abre el ojo , que asan carne : mira por tí , que aquí no tienes otro padre , ni madre. Contéle todo lo que habia pasado , y mandóme desnudar , y llevar á mi aposento , que era donde dormian quatro criados de los huéspedes de casa. Acostéme , y dormí ; y con esto á la noche , despues de haber comido , y cenado bien , me hallé fuerte ya , como si no hubiera pasado nada por mí : pero quando comienzan desgracias en uno , parece que nunca se han de acabar , que andan encadenadas , y unas traen á otras. Viniéronse á acosar los otros criados , y saludándome todos , me preguntaron si estaba malo , y cómo estaba en la cama ? Yo les conté el caso , y al punto , como si en ellos no hubiera mal ninguno , se empezaron á santiguar , diciendo : No se hiciera entre Luteranos : ¡ Hay tal maldad ! Otro decia : El Rector tiene la culpa en no poner remedio : conocerá los que eran ? Yo respondí que no , y agradecíles la merced que mostraban hacer. Con

esto se acabaron de desnudar , acostáronse , mataron la luz , y dormíme yo , que me parecia estaba con mi padre , y mis hermanos. Debian de ser las doce , quando el uno de ellos me despertó á puros gritos , diciendo : ¡ Ay que me matan ! Ladrones. Sonaban en su cama unas voces , y golpes de látigo : yo levanté la cabeza , y dixe : Qué es eso ? Y apenas me descubrí , quando con una maroma me asentaron un azote con hijos en todas las espaldas. Comencé á quejarme , quiseme levantar , quejábase el otro tambien , y dábame á mi solo. Yo comencé á decir : Justicia de Dios ! pero menudeaban tanto los azotes sobre mí , que ya no me quedó (por haberme tirado las frazadas abaxo) remedio , sino el de meterme debaxo de la cama. Hícelo así , y al punto los otros que dormian empezaron á dar gritos tambien ; y como sonaban los azotes , yo creí que alguno de afuera nos daba á todos. Entretanto aquel maldito , que estaba junto á mí , pasó á mi cama , y proveyó en ella , y cubrióla : y pasándose á la suya , cesaron los azotes , y levantáronse con grandes gritos todos quatro , diciendo : Es gran bellaquería , y no ha de pasar así. Yo todavia me estaba debaxo de la cama , quejándome como perro cogido entre puertas , tan encogido , que parecia un

galgo con calambre. Hicieron los otros que cerraban la puerta, y yo entonces salí de donde estaba, y subíme á mi cama. Preguntando si acaso les habian hecho mal, todos se quexaban de muerte. Acostéme, y cubríme, y torné á dormir; y como entre sueños me revolcase, quando desperté me hallé sucio hasta las trenzas. Levantáronse todos, y yo tomé por achaque los azotes para no vestirme: no habia diablos que me moviesen de un lado: estaba confuso considerando si acaso con el miedo, y la turbacion, sin sentirlo habia hecho aquella vileza, ó si entre sueños: al fin yo me hallaba inocente, y culpado, y no sabia disculparme. Los compañeros se llegaron á mí, quexándose, y muy disimulados, á preguntarme cómo estaba; y yo les dixé que muy malo, porque me habian dado muchos azotes. Preguntábales yo qué podia haber sido; y ellos decian: A fé que no se escape, que el Matemático nos lo dirá; pero dexando esto, veamos si estais herido, que os quexábades mucho; y diciendo esto, fueron á levantar la ropa con deseo de afrentarme. En esto mi amo entró diciendo: ¿Es posible, Pablos, que no he de poder contigo? Son las ocho, ¿y estás en la cama? Levántate enhoramala. Los otros, por asegurarme, contaron á

Don Diego el caso todo, y pidiéronle que me dexase dormir; y decía uno: Si V. md. no lo cree, levante conmigo, y agarraba de la ropa. Yo la tenia asida de los dientes por no mostrar la caca; y quando ellos vieron que no habia remedio por aquel camino, dixo uno: ¡Cuerpo de tal, y cómo hiede! Don Diego dixo lo mismo, porque era verdad; y luego tras él comenzaron todos á mirar si habia en el aposento algun servicio: decian que no podia estar allí. Dixo uno: Pues es muy bueno eso para haber de estudiar. Miraron las camas, y quitáronlas, para ver debaxo, y dixeron: Sin duda debaxo de la de Pablos hay algo: pasémosle á alguna de las nuestras, y mirémos debaxo de ella. Yo, que veía poco remedio en el negocio, y que me iban á echar la garra, fingí que me habia dado mal de corazon: agarréme á los palos, y hice visages. Ellos, que sabian el mysterio, apretaron conmigo, diciendo: Gran lástima! D. Diego me tomó el dedo del corazon; y al fin entre los cinco me levantaron; y al alzar las sábanas fue tanta la risa de todos, viendo los recientes, no ya palominos, sino palomos grandes, que se hundia el aposento. Pobre de él, decian los grandísimos bellacos; y yo hacia el desmayado. Tírele V. md. mucho de ese dedo del corazon; y

mi amo, entendiendo hacerme bien, tanto tiró, que me le desconcertó. Los otros también trataron de darme un garrote en los muslos, y decían: El pobrecito ahora sin duda se ensució quando le dió el mal. ¡Quién dirá lo que yo pasaba entre mí! lo uno con la vergüenza, descoyuntado un dedo, y á peligro que me diesen garrote. Al fin, de miedo que me le diesen (que ya me tenían los cordéles en los muslos) hice que habia vuelto; y por presto que lo hice, como los bellacos iban con malicia, ya me habian hecho dos dedos de señal en cada pierna. Dexáronme diciendo: ¡Jesus, y qué floxo sois! Yo lloraba de enojo, y ellos decían adrede: Mas vá en vuestra salud que en haberos ensuciado: callad; y con esto me pusieron en la cama despues de haberme lavado, y se fueron. Yo no hacia á solas sino considerar como casi era mas lo que habia pasado en Alcalá en un dia, que todo lo que me sucedió con Cabra. A medio dia me vestí, limpié la sotana lo mejor que pude, lavándola como gualdrapa, y aguardé á mi amo, que en llegando me preguntó cómo estaba. Comieron todos los de casa, y yo, aunque poco, y de mala gana; y después, juntádonos todos á hablar en el corredor, los otros criados, despues de darme vaya, declararon la burla. Riéronla

todos: doblóseme mi afrenta, y dixé entre mí: Avison, Pablos, alerta. Propuse de hacer nueva vida; y con esto, hechos amigos, vivimos de allí adelante todos los de casa como hermanos, y en las Escuelas, y patios nadie me inquietó mas.

CAPITULO VI.

De las crueldades del ama, y travesuras que yo hice.

Haz como vieres, dice el refran, y dice bien: de puro considerar en él, vine á resolverme de ser bellaco con los bellacos; y mas, si pudiese, que todos. No sé si salí con ello; pero aseguro á V. md. que hice todas las diligencias posibles. Lo primero, yo puse pena de la vida á todos los cochinos que se entrasen en casa, y á los pollos del ama, que del corral pasasen á mi aposento. Sucedió que un dia entraron dos puercos del mejor garvo que ví en mi vida: yo estaba jugando con los otros criados, y oílos gruñir, y dixé á uno: Vaya, y vea quien gruñe en nuestra casa: fue; y dixo que dos marranos. Yo, que lo oí, me enojé tanto, que salí allá diciendo que era mucha bellaquería, y atrevimiento